

El carnero

Libro de tendencia cuentística

Escribe: OSCAR GERARDO RAMOS

El Carnero (1), libro casi olvidado o apenas conocido por estudiosos, constituye aporte singular de la literatura colonial hispanoamericana y quizá hemisférica: es el primer intento de índole cuentística. Lástima que don Juan Rodríguez Freile se descubriera a sí mismo como escritor en época tardía, cuando se había retirado ya de sus faenas de labriego y se encontraba setentón en edad.

El tiempo se encanecía sobre su frente y tan solo dejó este libro que tal vez ni corrigió por lo que se colige de algunos desmaños en estilo, desorden al final del libro y correcciones que él mismo sugiere. Empleó más de dos años en redactar *El Carnero*, ya que dice el comienzo del libro: "Hasta la hora presente, que este se escribe, que corre el año de 1636 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo" (I, 44) y al final: "Cien años son cumplidos de la conquista de este Nuevo Reino de Granada, porque tantos años há que entró en él el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, con sus capitanes y soldados. Hoy corre el año de 1638..." (XX, 344).

Escribano ágil por cuanto le fluye el relato y castizo, a pesar de frecuentes desaliños ofrece a su nativa Santa Fe de Bogotá, en el centenario de la fundación, una crónica que él vivió casi desde la conquista. Nacido en 1566 tuvo como padrinos de pila al capitán Alonso de Olalla, por sobrenombre el Cojo, y a doña Juana de Herrera, hija de Olalla que había sido soldado de Fredermán. (VI, 94).

El Carnero se lee sin tropiezo. Rodríguez Freile es hombre sencillo y narra con sencillez. Simple discurría el calendario de Santa Fe y solo el humano corazón perturbaba las horas, ese corazón que el cronista sorprende con su cálamo al trasladar los enredos que especialmente la pasión amorosa urdía en la apacible recoleta y parva villa.

(1) La paginación de las citas está tomada de la edición anotada por el doctor Miguel Aguilera. Rodríguez Freile Juan, *El Carnero*. Imprenta Nacional, Bogotá, 1963.

A Rodríguez Freile no atrae el paisaje, monstruo que alucinará después a los escritores americanos. Sus descripciones telúricas son escasas, meramente circunstanciales. Solo la noche con su cómplice sombra se pasea entre los personajes de intriga. La ausencia del paisaje en Rodríguez Freile obedece quizá a que sea un sabanero y esa región, tan ascética, no suscita el asombro que imponen las montañas de climas tópicos o las selvas tropicales. Pero en que sea un sabanero no reside toda la explicación. Tampoco en que sea un agricultor frustrado. A él interesan el hombre y la mujer como tales, y como agonistas de pasiones, así sean estas las más comunes y por lo tanto las más humanas. Por ello es también único en la literatura que, aguende el mar, aún mucho después, no ha logrado desasirse de la maravilla cósmica. Hubo una estirpe de conquistadores que sometieron la naturaleza sin compasión y la vencieron con épica energía, o de colonizadores que vinieron en busca de oro o encomiendas, y se refugiaron después como pobladores de ciudades y que si exploraban los contornos era para utilizarlos en labranza. Entre ellos se encontró Rodríguez Freile. Generaciones siguientes, criollas con harta sangre indígena, heredando la visión aborígen, mirarán a la tierra con temor ancestral, como a deidad telúrica.

Rodríguez Freile es, en definitiva, un santaferense de acento español, un temperamento urbano, a lo más agrícola, muy tímido para ir a incursionar nuevas regiones, y sentir el desconcierto geográfico que subyugó a los primeros cronistas. Solo participó en la guerra de los pijaos, cuando la adolescencia le pifaba en los nervios: "gasté los años de mi mocedad por esta tierra, siguiendo la guerra con algunos capitanes timanenses". (XIX, 315).

Posiblemente Rodríguez Freile no tuvo suficientes doblones para publicar su libro. En Santa Fe no había imprenta y no podía editarlo en la península. El libro permaneció arrumado a merced del polvo hasta 1859. O consejeros timoratos lo intimidaron, aunque él, cristiano viejo, sabía que su legajo, por escandaloso que fuera, servía más para remedio de conciencias que para incitación al pecado.

* * *

En Rodríguez Freile había cuatro vocaciones literarias: el historiador, el cronista, el novelador y el moralista: esas cuatro tendencias quedaron entrelazadas en *El Carnero*, pero a ellas superó otra, derivada de la imaginación noveladora: una tendencia de índole cuentística que pervade muchos relatos, entendido el cuento como narración relativamente corta y completa en sí misma.

Veintitrés narraciones, con estilo de cuento, constituyen el eje de *El Carnero*. Mejor sería llamarlas historiuelas, en vez de cuentos, porque no son rigurosamente historias, ni leyendas, sino hechos presumibles de historicidad, tal vez tejidos con leyenda y matizados por el genio imaginativo del autor que toma el hecho, le imprime una visión propia, lo rodea con recursos imaginativos y, con agilidad, le da una existencia de relato corto.

En este sentido pues, las historietas se asemejan al cuento: son, por tanto, precursoras del cuento hispanoamericano, y Rodríguez Freile, como historietista, se acerca a la vocación del cuentista.

Catalogadas las historietas serían:

El indio dorado (53).

Cómo un clérigo engañó al diablo (77).

El tesoro de Guatavita (105).

Un negocio con Juan García (123), (132).

El encomendero de Chivatá (145).

Prisión cuaresmal (165), (197).

Los libelos infamatorios contra la Real Audiencia (169).

Falsificación de tejuelos (173).

Juan Roldán, Alguacil de la corte (198), (210), (237).

El mal latín de su marido (204), (241).

El robo de una india (239).

El gentil hombre Franciscano de Ontanera (243).

El hombre sin narices (247).

El indio del Pirú (255).

Pérez de Salazar, oidor justo (260).

Mestizo, sordo y mudo (265).

El Arzobispo y la Real Audiencia (296).

Doña Luisa Tafur, gallarda y hermosa (300).

El emplazamiento del visitador Galierna de Mariaca (305).

Frustrado parricidio (319).

Doña María de Vargas, encomendera de Toca (324).

Bustamante, el escribano de Mompós (352).

El Alcalde fraticida (366).

Las historietas embargan casi la mitad del libro, si con paciencia se cuentan las páginas una a una; y si a ello se añaden relatos menores, digresiones éticas y catálogos de nombres, se observa que lo que pudiera ser historia y crónica se reduce.

Los anteriores títulos de las historietas no son acomodaticios sino entresacados del texto. Al catalogarlas podrían ser publicadas casi como un libro de cuentos coloniales, y podrían editarse independientes del relato histórico y de las reflexiones morales.

Así, pues, el cronista, el historiador, el moralista y aún el novelador, son fisonomías presentes pero débiles, en Rodríguez Freile, ante el copioso número de las historietas.

Los cuentos coloniales o historietas ocupan, no solo el mayor conjunto de páginas, sino la energía literaria del escritor. Allí Rodríguez Freile entrega toda su capacidad narrativa y su instinto creador. El escribano a veces surge como testigo, a veces como relator imparcial, a veces como fustigante miembro de la sociedad, siempre como un deleitoso relator de historietas.

Rodríguez Freile es un novelador pero *El Carnero* no es una novela. Es un novelador por el estilo general: narra, como si refiriese acontecimientos imaginarios más que reales, de tal modo que hasta en ocasiones

se ve obligado a afirmar que se remite a los autos. Es un novelador también por el ritmo de narración que impone a su crónica, los cortes que utiliza, los diálogos que introduce, la pintura creativa de los personajes, la selección de elementos —lugar, atuendos, horas— que emplea, y el tipo de temas que entresaca a la historia a la crónica, y a la leyenda. Pero el libro cae en el terreno de las historietas. Como novela exigiría más férrea unidad de argumento, continuidad de personajes o la presencia más directa del autor de manera que sea él protagonista que enlace todas las historietas. El mero tiempo histórico que tomó para enmarcar las narraciones no otorga esa unidad de novela.

El relato histórico es también muy endeble en Rodríguez Freile. Representa, sí, la armazón que soporta las historietas, pero el hilo de historia viaja muy oculto, aparece en ocasiones, fue más notorio al principio y trata de recuperarse al final. Rodríguez Freile se frustró como historiador. A veces con demasiada rapidez pasa por todo un período de enorme importancia. Por ejemplo, en el capítulo VIII, narra acontecimientos a los que Lucas Fernández Piedrahita, en su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* dedica luengos capítulos. Rodríguez Freile, impulsado por su premura de historietador corre por sobre los elementos históricos que ofrecen el ajusticiamiento del mariscal Jorge Robledo, la muerte de Benalcázar en Cartagena, la visita del tristemente célebre licenciado Juan de Montañón y la insurrección de Alvaro de Oyón. Todos estos hechos, tan importantes, ocupan apenas cinco páginas. Y así acontece con todos los demás puntos de relevancia histórica, excepto con los primeros capítulos sobre las costumbres de los chibchas y la fundación de Santa Fe, y con los últimos en que dedica amplios trozos biográficos al presidente Antonio González y al arzobispo Fernando Arias de Ugarte. Otro ejemplo diciente es el capítulo X, cuyo contenido abarca dieciocho páginas. Ellas deberían tratar de la presidencia del doctor Andrés Venero de Leiva. Pues muy poco. Casi todas están dedicadas a la historieta de *El encomendero de Chivatá*, y a un período tan destacado y a personaje tan ilustre, solo consagra dos párrafos, y una que otra alusión dentro de la tal historieta, como que en ella actuó de juez el presidente. Estos son los dos párrafos: uno al comienzo del capítulo, y otro casi al final.

“Gobernó el doctor Andrés Díaz Venero de Leiva este reino tiempo de diez años, con grande cristiandad. Doña María Dondegardo, su legítima mujer, mujer valerosa, le ayudaba mucho a las obras de caridad, porque nadie salió de su presencia desconsolado. El presidente mantenía a todos en paz y justicia; ponía gran calor en la conversación de los naturales, mandándoles poblar juntos en sus pueblos, fomentando las iglesias de ellos. Envió un oidor de la Real Audiencia a visitar la tierra y a dar calor a la poblazón de los naturales, y a defenderlos y desagraviarlos. Fue muy agradable el tiempo de su gobierno, y llamáronle el “siglo dorado”.

“Llegó a él por abril de 1573 años, y en el siguiente de 574 partió el doctor Venero de Leiva para España, dejando este reino muy aficionado a su buen gobierno. Llamose mucho tiempo “Padre de la Patria”, y sus cosas se estimaron siempre en mucho”.

Rodríguez Freile hace, pues, de la historia la osatura del libro, pero lo histórico es apenas vínculo. En él no se realiza un historiador sino

ocasionalmente. Por ello en las postrimerías del libro se nota afán histórico: arrepentido de no haber hecho historia y anheloso de rendir homenaje a su ciudad, relata los catálogos historiales sobre presidentes, oidores, villas, obispos y prebendados.

También el moralista que se venía insinuando a través del relato, sobre todo al comienzo o al término de las historietas, trata de adquirir más entidad al final de la obra, especialmente en el capítulo XXI. Ya ha concluido su jornada de historielista. Entonces más extensamente desea justificar, —haciendo pretensiones moralizantes y anticiparse a la crítica— su condición de relacionador escandaloso. En este capítulo, pues, analiza por extenso lo que en la dedicatoria adelantaba "...casos sucedidos en este reino, que van en la historia para ejemplo, y no para imitarlos por el daño de la conciencia".

Es también allí, en ese mismo capítulo, donde más ostenta su erudición de cultura y cita entonces a Virgilio, varias veces a San Agustín, a Séneca, a fray Luis u Horacio en las odas de la vida retirada, y mitos griegos, y aconteceres hispánicos y pasajes bíblicos con textos en latín.

El eventual moralista, pues, tampoco alcanza a desarrollarse como escritor ascético a la manera de los maestros que él mismo cita. Contra la codicia, la ambición, la ingratitud y sobre todo la sensualidad erótica, entabla pleitos, elocuentes siempre, hermosos a menudo, barrocos en algún momento: pero no son retablo luminoso y fundamental del libro.

Y no es un misógino. Sus retahilas, no van dirigidas contra toda mujer, sino contra esa mujer que usufructúa la belleza para el devaneo, la lujuria y aun el adulterio. Por tanto se le irroga injusticia al endilgarle misoginia. El conjunto de citas indica que por igual a varón y fémica zahiere, si se desempeña hasta el desenfreno. Baste esta longa cita con la que él se adelantó a los detractores: "Son muy lindas las sabandijas, y tienen otro privilegio, que son muy queridas, que de aquí nace el daño". Buen fuego abraza los malos pensamientos, porque no lleguen a ejecutarse. ¡Válgame Dios! ¿Quién al cabo de setenta y dos años y más, me ha revuelto con mujeres? ¿No bastará lo pasado? Dios me oiga y el pecado sea sordo: no quiera que llueva sobre mí algún aguacero de chapines y chinenillas que me hagan ir a buscar quien me concierte los huesos; pero yo no se porque... Yo no las he ofrecido, antes bien les he dado la jurisdicción del mundo. Ellas lo mandan todo, no tienen de qué agraviarse.

Ya me estarán diciendo que por qué no digo de los hombres; que si son benditos o están santificados. Respondo: que el hombre es fuego y la mujer estopa, y llega el diablo y sopla. ¿Pues a dónde se entremete el fuego, el diablo y la mujer, qué puede haber bueno? Con esto lo digo todo, porque querer decir del hombre, en común o en particular, sería nunca acabar. El hombre se dice mundo menor, porque todo lo que se halla en el mundo mayor se halla en él...

Quiero volver a las mujeres y desenojarlas, por si lo están, y decir un poquito de su valor. Grandísima es la fama de las diez Sibilas, pues con palabras tan divinas trataron de los dichos y hechos, muerte, resurrección y ascensión de nuestro Redentor, y de todos los demás artículos de la fe

católica. La casta y famosa viuda Judith, con sabiduría y ánimo más que humano guardó su decoro y limpieza, cortó la cabeza a Holofernes y libró la ciudad de Betulia. María, hermana de Moisés, fue doctísima y tomando su adufe guió la danza con otras mujeres, y cantó en alabanza de Dios un cántico de divinas sentencias, y en memoria de la victoria que el pueblo de Dios había tenido contra Faraón y su ejército. Abigail tuvo tantas letras y discreción que supo aplacar la ira del rey David contra Nabal Carmelo, su marido, después de cuya muerte mereció ser mujer del mismo rey David. La reina Ester fue tan docta y valerosa, que supo aplacar al rey Asuero para que perdonase al pueblo hebreo y sentenciase a muerte al traidor Amán.

Quíteseles el enojo, señoras mías, que como he dicho de estas dijera de muchas más; pero llámanme el presidente don Francisco de Sandi y unos oidores mancebos, que lo cierto es que si son mozos y por casar, algún entretenimiento han de tener.

“La mujer es arma del diablo, cabeza de pecado y destrucción del paraíso”.

El cronista —aparte de las historietas— es también frágil, por todo lo anteriormente anotado. Rodríguez Freile no cumple la vocación del verdadero cronista. Pedro Cieza de León, por ejemplo, es un observador de todos los aspectos geográficos étnicos, políticos, religiosos, en una palabra, culturales de la región que describe. Lo que en este campo transmite Rodríguez Freile es tan solo adyacente, solo en cuanto le sirve para construir la narración aportando entonces aquí y allá costumbres y elementos de caracterización de la vida en el Nuevo Reino.

Su grandeza literaria reside, pues, en las historietas. Se coloca, con ellas en príncipe lugar dentro de la literatura colonial hispanoamericana. Es el único autor de esta índole y mentor del cuento en el hemisferio. Esa es su indiscutible e irrevocable gloria.

* * *

De allí emana asimismo la dilección de la posteridad hacia *El Carnero*. Se le ha leído como a cuentista de la colonia, que supo dar existencia artística a anécdotas parroquiales, algunas de ellas sucesos policivos. Con maestría las sacó del oscuro existir provinciano o jurídico y las convirtió en narración literaria de hondo interés humano y acendrada fuerza dramática. Sin él toda esa trama de pasiones hubiera peregrinado hacia impenetrable olvido.

* * *

Un ordenamiento, por tema general de las veintitrés historietas, da como resultado que seis se refieren a tesoros, dineros o robos, dos también a hechicerías, una versa sobre emplazamiento ante la muerte, otra sobre las argucias de Juan Roldán, una a la prisión de don Agustín de la Coruña, obispo de Popayán, una sobre libelos contra la autoridad y las restantes sobre líos de amor con caracteres de asesinato.

Se comprende, entonces, por qué *El Carnero* ha sido colocado en el género picaresco —si se emplea esa rancia terminología— que hoy corresponde más bien al género policíaco. Una atmósfera de intriga y de investigación pervade casi todas las historietas como cuando, por ejemplo se entabla el descubrimiento del ladrón o asesino en el caso de *El indio del Pirú* y en el de *Los libelos infamatorios*.

Esta historieta —que se ha considerado la más importante— posee características singulares, no ya en el tema sino en la técnica narrativa, porque se suspende y se reanuda más adelante, se entremezcla a otros asuntos, avanza con distintos cortes y aún planos, se desarrolla en contrapunto, se complica hasta quedar casi irresoluble, y solo viene a resolverse mucho después, inesperadamente. Un procedimiento similar sufren las astucias de Juan Roldán, el agonista más simpático de todo el libro; su vida no concluye con un episodio y hubiera podido servir para prototipo en novela de la más ínclita estirpe picaresca.

Otro relato entre los que ocupan alta jerarquía literaria es *El encomendero de Chivatá*, que, por su epílogo y desarrollo, adquiere magnitud imprevista, y restaurando —tal vez sin pretenderlo— el ámbito señorial de Tunja describe personajes como para un pavórico drama.

Cualquiera de estas historietas proporcionan elementos para una vivisección del proceso narrativo. En *El encomendero de Chivatá* Rodríguez Freile hace un avance muy breve, pasa luego a otros sucesos muy importantes de la época, vuelve a proponer el asunto en una etapa adelantada cuando ya está preso el asesino, y regresa a empezar la narración por los orígenes: “En la gobernación de Venezuela, estaba casado un don Pedro de Avila, natural de aquel lugar con una doña Inés de Hinojosa, criolla de Barquisimeto...”. Doña Inés y su amante Jorge Voto habían matado al Avila y habían huído a Tunja. Allí la doña Inés se enamora de Pedro Bravo de Rivera. La trama se va complicando con circunstancias que la alargan y que, por lo demás, son no solo verosímiles sino que patentizan trazas de veracidad. Cuando se cree que ya un nuevo asesinato va a inspirar la doña Inés, otro personaje entra en escena, y luego otro más. El asesinato va a perpetrarse y se frustra. Al fin se realiza, pero inusitadas incipiencias de investigación aclaran, y a la par entorpecen, el devenir dramático. El narrador se complace luego en describir la fuga de uno de los cómplices, el sacristán Pedro de Hungría. La historieta termina con un ingenuo detalle de cronista, “...nunca más se supo de él ni a dónde fue. De este caballo bayo hay hoy raza en los llanos de Ibagué”.

Rodríguez Freile retorna con su historieta a Tunja y rápidamente sintetiza, pero con pinceladas trágicas, el final de la malhadada pasión erótica de la doña Inés de Hinojosa: “...la ahorcaron de un árbol que tenía junto a su puerta, el cual vive hasta hoy, aunque seco, con hacer más de setenta años que sucedió este caso”.

La virtud de historielista en Rodríguez Freile es de excepcional maestría. No ya por los temas de enorme interés humano, ni por el estilo cuya castiza soltura y llana fluidez facilitan el decurso de la acción, sino por la utilización del suspenso, que no es mero recurso, sino natural atributo. Esta naturalidad surge espontánea. Como también la simpleza de la na-

rración que, si se le juzgara con visión academicista, podría tildarse de insuficiencia literaria por las repeticiones, los descuidos, las superfluidades. Sin embargo, la llaneza, ante la visión general de la narración, se constituye en mérito y habilidad.

Ya en el prólogo, Rodríguez Freile como que bien se conocía y conocía maestros de estilo dice:

“Y volviendo a mi propósito digo, que aunque el verdadero fray Pedro Simón, en sus escritos y noticias, y el padre Juan de Castellanos en los suyos trataron de las conquistas de estas partes, nunca trataron de lo acontecido en este Nuevo Reino, por lo cual me animé yo a decirlo: y aunque en tosco estilo, será la relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco lleva raciones poéticas, porque solo se hallará en ella desnuda la verdad, así en los que le conquistaron como en casos en él sucedidos, para cuya declaración y ser mejor entendido tomaré de un poco atrás la corrida por cuanto antiguamente fue todo una gobernación siendo la cabeza la ciudad de Santa Marta, en que se incluían Cartagena, el Río de la Hacha y este Nuevo Reino; y con esto vengamos a la historia la cual pasó como se sigue al frente de esta hoja”.

Su estilo es además versátil: desembarazado en los diálogos y sobre todo adecuado, casi facilitón en los relatos sentenciosos a la hora del ascetismo irónico cuando ha menester, y siempre gracioso, preciso, variado y, por no detenerse en el adobo literario, capaz para describir con exactitud a un personaje, una calle, una situación o cualquier otro asunto. En lo único que no se compromete es en la narración telúrica, o porque la teme, o porque no le interesa, o porque lo defraudó la campaña, o porque intuía que ese género de narraciones sería prestigio y escollo de escritores indígenas.

Rodríguez Freile tal vez solo al terminar el libro comprendió que ni era historia, ni crónica, ni novela, sino apenas un sínodo de historietas. *El Carnero* se llamaba a la cubierta en piel de los infolios, a los archivos judiciales y a la calle por donde desfilaban los funerales hacia el cementerio.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson Imbert, E. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 5ª edición. México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 87.
- Camacho Guizado, Eduardo. *Estudios sobre literatura colombiana, siglos XVI y XVII*. Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, Ediciones Tercer Mundo, 1965, pág. 39.
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XI, 1957. El elemento novelesco en Freile, pág. 33.
- Gómez Restrepo, Antonio. *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá, Biblioteca de autores colombianos, 1956, Tomo II, pág. 159. Un cronista picaresco: Juan Rodríguez Freile.
- Irving A., Leonard. *Los libros del conquistador*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953, págs. 263-264.
- Martínez, Fernando Antonio. *Un aspecto desconocido de la vida de Juan Rodríguez Freile*. Bogotá, Anuario Colombiano de Historia Social y de la cultura, volumen I, N° 2, 1963.
- Otero Muñoz, Gustavo. *Semblanzas colombianas*. Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, vol. LV, Editorial A B C, 1938, pág. 61.